

HORKHEIMER, M. y ADORNO, T.W.: *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Introducción y traducción de Juan José Sánchez; Trotta, Madrid, 1994; 303 págs.

La *Dialéctica de la Ilustración* es una de las principales obras de la denominada Escuela de Francfort, y ello no sólo por el interés de su contenido, sino también por haber sido elaborada por dos de las figuras cumbres de dicho movimiento: Max Horkheimer y Theodor W. Adorno. A pesar de su relevancia filosófica, hasta hace poco tiempo apenas se disponía de la versión llevada a cabo por H.A. Murena en 1970, aunque esto, por fortuna, ha sido recientemente subsanado y ahora contamos con una nueva traducción efectuada por J.J. Sánchez. En ella es de destacar, ante todo, dada la dificultad del texto, la claridad expositiva así como la fidelidad al original alemán, fidelidad patente ya en el propio título donde *Aufklärung* ha sido traducido por «Ilustración» y no por «Iluminismo» (como sucedía en la edición anteriormente mencionada), y donde, además, se recoge el subtítulo de *Fragmentos filosóficos* con el cual fue difundido originariamente el libro. Esto se debe, sin duda, al hecho de que en la actual publicación, aun realizándose sobre la reedición alemana de 1969, se han recogido por primera vez las tres versiones de la *Dialéctica*, haciéndose constar en nota las distintas variantes textuales de 1944 y 1947. Por todo ello parece imposible no felicitar la labor del traductor, sobre todo si se tiene en cuenta que éste también incluye en el presente volumen un estudio introductorio a través del cual se puede obtener una adecuada comprensión del desarrollo, alcance y contenido de la obra. Ahora bien, ¿cual es ese contenido que tanto ha influido en la «historia política y cultural europea de la segunda. mitad de este siglo»?

*El mito es ya Ilustración; la Ilustración recae en mitología*. Esta es la tesis central, la base teórica, cuya explicación se va a realizar a lo largo del libro (pormenorizadamente en el primer capítulo para ir luego ejemplificándose en los posteriores). A esta doble tesis, de carácter llamativo y paradójico, llegan los autores tras constatar una experiencia dolorosa: la existencia cada día de mayor destrucción en el mundo y menos libertad. Horkheimer y Adorno se preguntan cómo se ha producido este proceso regresivo, contrario a los ideales de la Ilustración, y concluyen que ello se debe al propio desarrollo de la racionalidad humana en el mundo occidental. La razón ha nacido bajo el signo de dominio en el intento del hombre por controlar la naturaleza; este afán ha enfermado a la razón que desde entonces se ha desenvuelto con miras a un mismo y único objetivo. De aquí precisamente el inicio de la tesis, «el mito es ya Ilustración», pues tanto el «mito» como la «Ilustración» se ven impulsados por esta querencia a la dominación.

El deseo de poder está latente en la mitología en la medida en que sus relatos tienen por objeto someter el mundo para el hombre, controlar los fenómenos de la naturaleza que le desbordan. Los mitos quieren contar el origen de los hechos, explicarlos mediante narraciones que acabarán convirtiéndose en doctrina. La Ilustración, por su parte, intenta disolver los mitos mediante el desencantamiento del mundo para hacer al hombre no un esclavo de la naturaleza, sino su dueño. Pero ahora se ensalzará el saber científico-técnico como medio más idóneo de explota-

ción y control; un saber que ya no opera con imágenes —mito— sino con conceptos y según el principio de identidad. El hombre se acerca a las cosas a partir de generalizaciones y abstracciones, desconociendo lo diferente, lo negativo, el ejemplar. Se elimina la negación en el lenguaje y así también en los hechos. En definitiva, se termina con todo sentido que trascienda los meros datos, regresando a la necesidad y coacción mitológica de la que se había pretendido escapar. «La Ilustración recae en mitología», la naturaleza que quería ser dominada se venga y somete a los hombres a su opresión. El pretendido dominio del ser humano sobre la realidad revierte en dominio no sólo sobre la naturaleza externa, sino también sobre la naturaleza interna del hombre y sobre la sociedad.

El control sobre el mundo exterior se realizará por medio de la racionalidad científicoinstrumental, que para Adorno y Horkheimer significa jerarquía y coacción; es el positivismo como manipulación de la realidad objetiva. La opresión sobre la naturaleza interna se logra gracias a la negación y sometimiento que de ella hace el propio individuo. El Yo se levanta contra sus impulsos, reprime los sentidos, el placer..., pierde, incluso, su individualidad específica quedando reducido a un simple ser genérico e intercambiable. El sujeto se hace objeto de dominio y se cosifica. Ahora bien, dicha cosificación no para aquí, sino que se extiende al conjunto de las relaciones entre los hombres a través de la cultura de masas y su manipulación. De este modo la sociedad se reifica al servicio del poder.

En resumen, éste es el proceso por el cual la Ilustración, que pretendía la emancipación del hombre, su libertad, ha devenido lo contrario de su intención original. El espíritu no se ha liberado, sino que se ha encadenado al absurdo de la alienación y la dominación. La naturaleza se ha desquitado por haber sido olvidada por el espíritu; *la Ilustración, por tanto, se ha autodestruido.*

El contenido clave del libro consiste, en general, en estas premisas, siendo la misión de los capítulos restantes verificar lo expuesto a lo largo de la realidad histórica. Así, los autores van a empezar por considerar la ilustración griega y esto a través de la *Odisea*, pues para ellos no hay obra «que sea testimonio más elocuente de la imbricación entre mito e ilustración que la de Homero, el texto base de la civilización europea» (pág. 99). Según Adorno y Horkheimer, la *Odisea* es, ante todo, la primera prueba sobre el desarrollo de la subjetividad humana a través de la huida de las potencias míticas, a las que se tratará de dominar. El relato consiste en mostrar la emancipación del sujeto respecto a la naturaleza exterior, la cual es sometida por medio de la represión de la propia interioridad. En efecto, «sacrificio», «renuncia» y «represión» son el método por el que se logra la autonomía del espíritu. Pero el hombre es débil y se deja tentar. Por ello es preciso también el «engaño» y la «astucia», una astucia concebida como cálculo de posibilidades que, desde el origen, se convierte en el modelo de la racionalidad: la razón astuta es estrategia e instrumentalidad.

Pues bien, la introducción del sacrificio y la astucia, por las cuales se conquista el Yo, son las que se muestran en las distintas fases del viaje de Odiseo. El camino de Troya a Itaca es el itinerario del sí mismo a través de los mitos subyugados. Horkheimer y Adorno analizarán varios pasajes de la *Odisea* (el episodio de los lotófagos, la aventura con el cíclope Polifemo, los encantamientos de Circe...), sólo aquellos que consideran más oportunos para fundamentar sus planteamientos, para demostrar, finalmente, que en el mito se encuentra ya la razón instrumental dominadora, en este caso, la razón como dominio de la naturaleza interior.

El proceso autodestructivo de la racionalidad tiene otro gran momento dentro de la historia en la ilustración moderna. En ella hay varias figuras que representan los presupuestos básicos de este modo de concebir la razón. Adorno y Horkheimer examinan primeramente a Kant, filósofo clave de la Ilustración, dirigiendo la crítica a su concepción idealizada de ciencia, que se convierte en el modelo para hallar los principios que rigen el conocimiento. La ciencia es sistemática y Kant hace de su filosofía un sistema; la ciencia es jerárquica y Kant concibe su obra como una «arquitectónica» de la razón. Mas los autores son por principio asistemáticos, pues el sistema es siempre expresión de un pensamiento identificador. El sistema y la jerarquía no expresan más que un afán de unificación, de dominación sobre la realidad, de un dominio que repercute, incluso, en una opresión sobre el hombre (en la moralidad kantiana, en un autocontrol del sujeto empírico a favor de un sujeto trascendental).

De todos modos, quien mejor representa la tiranía de la razón en la modernidad es Sade. Este lleva a cabo una subversión total de las premisas ilustradas, radicalizándolas y volviéndolas contra sí mismas. Sade muestra hasta el extremo la voluntad de dominio, pero no de un dominio sobre la naturaleza, sino de ésta, sobre los hombres. La razón del hombre es su naturaleza, ella es la que le condiciona a obrar desde el origen. Además, Sade como ilustrado, al igual que Kant también va a tener a la ciencia como modelo. Las perversiones de sus obras están basadas en una racionalidad sistematizante, en la mecánica moderna. Todo obedece de nuevo a una jerarquía que se dará, incluso, en el plano social. De ahí que Adorno y Horkheimer vean la crónica de Justine y Juliette como «el poema épico de Homero, una vez que éste se ha despojado del último ropaje mitológico», es «la historia del pensamiento en cuanto órgano de dominio» (pág. 162).

Mezclada con los planteamientos relativos a Kant y Sade hay también una mención a Nietzsche, a su crítica radical a la razón occidental y, al mismo tiempo, a su «voluntad de poder» como paralelo al imperativo categórico. El lema de aquélla ya no es «tú debes», sino «yo soy», lo que para los autores denota una actitud individualista, un descuido por la coexistencia justa de los individuos, sin la cual no es posible alcanzar una sociedad emancipada.

Prueba, precisamente, de la falta de libertad y de la barbarie generalizada es el momento histórico que les toca vivir y que ellos analiza.n a través de dos fenómenos: la industria cultural y el antisemitismo. Con el primero intentan mostrar la «regresión de la Ilustración a ideología» (pág. 56) o, si se prefiere, el encubrimiento de una realidad falsa fundada en el dominio. Horkheimer y Adorno parten del hecho de que los individuos se encuentran atrapados en un mundo en el que predomina el capital, en el que economía y política imponen una total alienación. Es la red del *mundo administrado* donde la cultura se encuentra al servicio del poder; un cultura basada en la producción de mercancías que tiene como único objetivo el beneficio económico. La cultura se convierte, así, en un artículo industrial más, sigue sus leyes. Incluso el arte es concebido como una mercancía al servicio de la industria, perdiendo su poder crítico y subversivo. Ahora son los nuevos productos de la cultura de masas (cine, radio...) los que dictan los patrones estéticos y filtran la realidad. La industria cultural es una prolongación de la dominación exterior: como en ella se busca la identificación, la pseudoindividualización y la estandarización de las conductas para su mejor control. Por ello la cultura de masas tiende a evitar el esfuerzo del consumidor; quiere la fácil comprensión, una ac-

titud relajada, aunque atenta. Hay que cautivar al individuo por medio del entretenimiento y la diversión, bloqueando su reflexión y capacidad crítica. La industria cultural es, en definitiva, la ideología que busca perpetuar la injusticia del mundo administrado.

El fenómeno de la cultura de masas está también estrechamente relacionado con el problema antisemita, pues aquélla es uno de los fundamentos del totalitarismo y de su manipulación para extender el prejuicio fascista. Para Adorno y Horkheimer, el antisemitismo se manifiesta como la última consecuencia de la razón de dominio que ha viciado desde un principio a la racionalidad. Es el dominio irracional sobre los hombres el que ha consolidado un mundo hecho a su imagen, un mundo de autodestrucción. El antisemitismo aparece, de este modo, como la cara dialéctica de la Ilustración: en lugar de la civilización se da el aniquilamiento; no ha habido emancipación por medio de la cultura, sino barbarie. Ahora bien, ¿cómo se explica, en verdad, el antisemitismo?

Los autores intentan demostrar a través de varias tesis que el hecho antisemita se basa, principalmente, en la proyectividad, en una proyectividad que se da tanto a nivel psicológico como socioeconómico. Así, el antisemitismo sería la consecuencia de una falsa proyección de miedos y deseos reprimidos; los sentimientos de incapacidad o impotencia de las masas son proyectados sobre aquéllos que parecen potentes o capaces —judíos—. El antisemitismo no es más ni menos que la frustración y paranoia de los hombres. El caso es que este tipo de personas se extiende mas día a día en el seno de una sociedad administrada y acrítica. Bajo la presión de la mentalidad del «ticket» el individuo ya no decide por sí mismo, el sujeto autónomo ha sido liquidado. Sin embargo, sólo gracias a una reflexión activa es posible liberar al pensamiento del dominio. «Es la Ilustración misma, dueña de sí (...) la instancia que podría romper los límites de la Ilustración» (pág. 250).

Los últimos aforismos del libro intentan apuntar la salida a la irracionalidad de la razón, son el esbozo de un concepto positivo de Ilustración, entendida ésta como reflexión crítica. En la *Dialéctica de la Ilustración* Adorno y Horkheimer se quedan aquí, en un nivel de crítica como autorreflexión o, incluso, autocrítica, aunque para ellos el conocimiento reflexivo de la Ilustración, de su represión y dominio, es ya liberación de su poder alienante. Por tanto, no hay que bajar la guardia en la tarea crítica; sólo interpretando activamente la sociedad contemporánea es posible llegar a postular una auténtica sociedad emancipada. Y éste es un propósito plenamente vigente en nuestro tiempo, una consigna que la filosofía no debería olvidar si es que de hecho sigue preocupada por temas tales como la justicia, la libertad..., por la necesidad de un futuro mejor.

Esther BARAHONA ARRIAZA

WELLMER, A.: *Sobre la dialéctica de modernidad y postmodernidad. La crítica de la razón después de Adorno*. Visor, Madrid, 1992; 162 págs.

La obra de Wellmer, publicada originalmente en 1985 y traducida al español hace un par de años, pone de manifiesto la importancia de un pensador como Adorno que, a través de su reflexión estética, ha cimentado las bases del actual y polémico